

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 49

Madrid Abril de 1896

OFICINAS-FACTOR. 7

ROMERO BARROS.



LA LECCION DE GUITARRA.

ABRIL



DE QUINCE EN QUINCE

No han tenido gran fortuna los italianos para realizar los ambiciosos sueños de Crispi. La victoria no ha coronado sus esfuerzos, el laurel no se ha ceñido á sus armas. Imaginaron imponer las leyes en Abisinia, y la suerte les resultó adversa; si hubieran pensado conquistar á Madrid otra hubiese sido su fortuna.

Aquí les pertenecemos por completo; durante el invierno, todo

nuestro escasísimo *dannaro* toma la ruta de Italia por medio de la contaduría del teatro Real. Cada grupeto de una tiple se nos lleva un billete de banco; cada nota filada de un tenor ahuyenta de Madrid más de diez duros en buena moneda.

Y cuando los almendros del Retiro comienzan á cubrirse de flores y los divos y las divas á abandonar la escena del regio coliseo, he aquí que llega Novelli, el ilustre actor italiano, toma el teatro de la Comedia, hace el correspondiente abono y las escurriduras de nuestra bolsa, casi vacía á causa de la *dolce lingua del Dante* puesta en solfa, se nos van en honor de esa misma *lingua* al natural, ó sea sin fusas ni semicorcheas.

Si esto no es conquistarnos, no sé á que llamarían que nos conquistaran el negus Melenik, porque la guerra moderna, más que pérdidas de territorio, impone indemnizaciones en efectivo, y todo nuestro numerario, como antes dije, se va camino de Italia, á veces cantando, como los dineros del sacristán, y á veces sin canto, como las ganancias de Novelli.

Madrid es, por consiguiente, una colonia italiana que conserva algunas de sus primitivas costumbres, como el toreo y los sablazos; pero fuera de esto, la península de Crispi ha impuesto a la capital de la península de Cánovas la ley de su poderío y el culto y el gasto de sus artes. Eso sí, se llevan nuestras pesetas convertidas en liras y eso siempre regala el oído.

Nos quedamos muy pobres, pero de un modo filarmónico; no es como cuando los franceses nos dejan sin blanca, convirtiendo nuestras pesetas en francos, que entonces ya nos parece demasiada franqueza; pero, en liras... ¡qué dulcísima expoliación! Así se puede ser despojado á gusto, por poco poeta que haya uno nacido

* * *

Sí; Novelli tiene un abono bárbaro (y perdonen los lectores esta última frase, después de todo muy italiana, máxime aplicada á los padres de las tiples que quieren casarse con el tenor á despecho del *genitore*); un abono como para sí lo quisiera Ramón Guerrero cuando, entregándose á sus sueños ambiciosos, pasca por la contaduría del teatro Español con zapatillas y gorro murciano.

Que el eminente actor se lo merece, es indudable, y que se lo ha ganado á fuerza de arte y de trabajo, es ciertísimo también. Todos recuerdan la primera temporada de Novelli, aquellos prodigios de inspiración realizados ante una sala casi vacía. Para encontrar un caso semejante había que retrotraer la imaginación á los tantas veces ponderados tiempos en que nuestro gran Romea se entregaba al culto de su propio genio ante la sala desierta del teatro de Variedades.

Novelli triunfó del público; triunfó á pulso, como se dice pintorescamente, y á la terminación de las funciones, ya los voceros de su fama se contaban por miles y en la taquilla de su teatro sonaban los duros por cientos; y establezco esta diferencia de cantidades porque los elogios siempre suman más que las monedas.

Hoy, el actor italiano está de moda; con eso se ha dicho todo. Podría, que no podrá por oposición de su conciencia artística, dormirse sobre los laureles, mascullar el papel, meter *morcillas* (italianas, por de contado), equivocar las frases ó trastocar los gestos, y todos saldríamos del teatro de la Comedia diciendo:—¡Qué hombre! ¡qué actor! ¡qué genio! ¡qué etc.! El pabellón de la moda

cubriría la mercancía, y cuanto peor fuera ésta, más nos derrumbaríamos en su elogio.

Afortunadamente, Novelli se vengará de los sicarios de la mala trabaja como siempre, con su arte singular y personalísimo, lo mismos que se vengaron Lope, Calderón, Moreto y Tirso del público de los lunes clásicos del Español, haciéndole saborear grandes bellezas de dicción y de pensamiento, sin permiso de los modestos franceses, únicos autores consultados hasta entonces por parte de muchas encantadoras abonadas.

El arte vence siempre, hasta cuando le ayuda la moda, esa falsa impedimenta tan difícil de conservar aun en medio de los triunfos y que parece constantemente la vanguardia del enemigo.

*
**

La Cuaresma terminó, pero el período electoral continúa. La Iglesia ha tenido su semana de Pasión y los electores siguen siendo víctimas de las pasiones gubernativas. Los *pasos* están ya guardados en los oscuros rincones de las sacristías; pero los caciques continúan dándolos por los distritos, en beneficio de los candidatos encasillados. La última lanzada de Longinos se la lleva este año el país, y de su costado, como del costado de Nuestro Señor, saldrá más agua que sangre, porque la sangre española se va desbordando por los traidores campos de la manigua.

Las actuales elecciones, como iniciadas en período cuaresmal, resultan unas de las más tristes de cuantas se han celebrado. La gran masa del país, el elemento neutro, que dice el señor Silvela, no toma en ellas arte ni parte; las con sienté como una enfermedad necesaria, con la resignación con que los padres saben que sus hijos padecen el casi ineludible sarampión.

Los políticos llaman á esto consultar la voluntad del país, lo que no deja de ser una frase, más falsa que las sortijas que venden los timadores á los incautos en los alrededores de la Puerta del Sol; pero actualmente, por lo tristón y desengañado del aspecto elec-

toral, parece una consulta ante notario y con las solemnidades de testamento.

La nación, después de declararse en su cabal juicio y puesta la esperanza en Dios Nuestro Señor, testa que la dejen en paz, y consigna que tanta fe tiene en los candidatos de la izquierda como en los de la derecha. Declara también que lo mismo le da que salgan unos que otros; y á la pregunta de si éstos y aquéllos pueden entrar en el Congreso, responde lo que el estudiante en derecho canónico decía de los catecúmenos:—«Por mí, que entren.»

Y mientras el país muestra de un modo tan franco y decisivo su desengaño político, abre estrepitosamente sus puertas la Plaza de Toros de Madrid y comienza el período de las mantillas, los jacos y el hule.

A la caída de la tarde y después de llevarse varios porrazos, jinete en un penco y el mono sabio á la grupa, vuelve por las calles cortesananas el picador, á quien se ha hartado de llamar «bruto! »el público del circo taurino.

Y alguno de esos progresistas de las llamadas costumbres nacionales, ve todavía en aquel hombrachón vestido de máscara un pedazo de patria que pasa.

¡Mentira! Es sencillamente un irresponsable que va á beberse unas tintas.

También á los futuros diputados los llamarán representantes del país... Falso cien veces, falso.

La verdadera representación de la patria está en el charco de sangre vertida por el quinto ha poco arrancado de los brazos de su madre.

La patria anda vestida de rayadillo, no con el traje de luces del torero ni con la levita del legislador; la indumentaria no es muy espléndida; pero cubre toda nuestra grandeza, toda nuestra juventud, todo nuestro valor y toda nuestra honra.

JUAN DE LEYDE.

SECRETOS DOMÉSTICOS

I

Doña Rita y Bernabé
niño de diez años que
ya no teme á los castigos,
con unos cuantos amigos
van una noche al café.

El niño, que es singular,
por su mala educación,
antes que alguien pueda hablar,
dice que él quiere tomar
chocolate y mojicón.

Y aunque la madre promete
darle un «mojicón» y siete,
todos, previendo un disgusto,
le ruegan que no se inquiete,
y él se sale con su gusto,

aunque ofrece no chistar
ni soltar ningún dislate
de los que suele soltar,
y tomar su chocolate
con compostura ejemplar.

En su antojo complacido,
muestras de cordura dá,
pues ni habla ni mueve ruido,
tanto, que al mirarle está
todo el mundo sorprendido.

La madre, pobre señora,
que está loca por el chico,
dice:—¡Vaya, me enamora!
¡Miren ustedes qué rico!
¡Me lo comería ahora!

II

El niño, obediente y fiel,
ya no hace allí mal papel,
ni hay miedo á que dispare,
pues sólo se ocupa del
mojicón y el chocolate.

Más ¡ay! para conclusión,
vé absorta la reunión
que, por la costumbre pícaro,
se pone á lamer la jicara
con la mayor *sans façon*.

Riense aquellos señores,
pero á él no le inquieta nada,
pues nada le da temores,
y la madre, avergonzada,
empieza á decirle «horrores».

—A desollarte me obligo
en cuanto llegues á casa.
¡Mi tormento! ¡Mi castigo!
¡Tú verás lo que te pasa!
¡Ya no sales más conmigo!

Por sucio y desvergonzado
vas á pasar todo el día
en la bohardilla encerrado.
¡Infame! ¿Quién te ha enseñado
á hacer esa porquería?

¿A quién has visto lamer
las jícaras? ¡Nauseabundo
y repugnante placer!
Sin duda ha debido ser
á algún perro vagabundo.

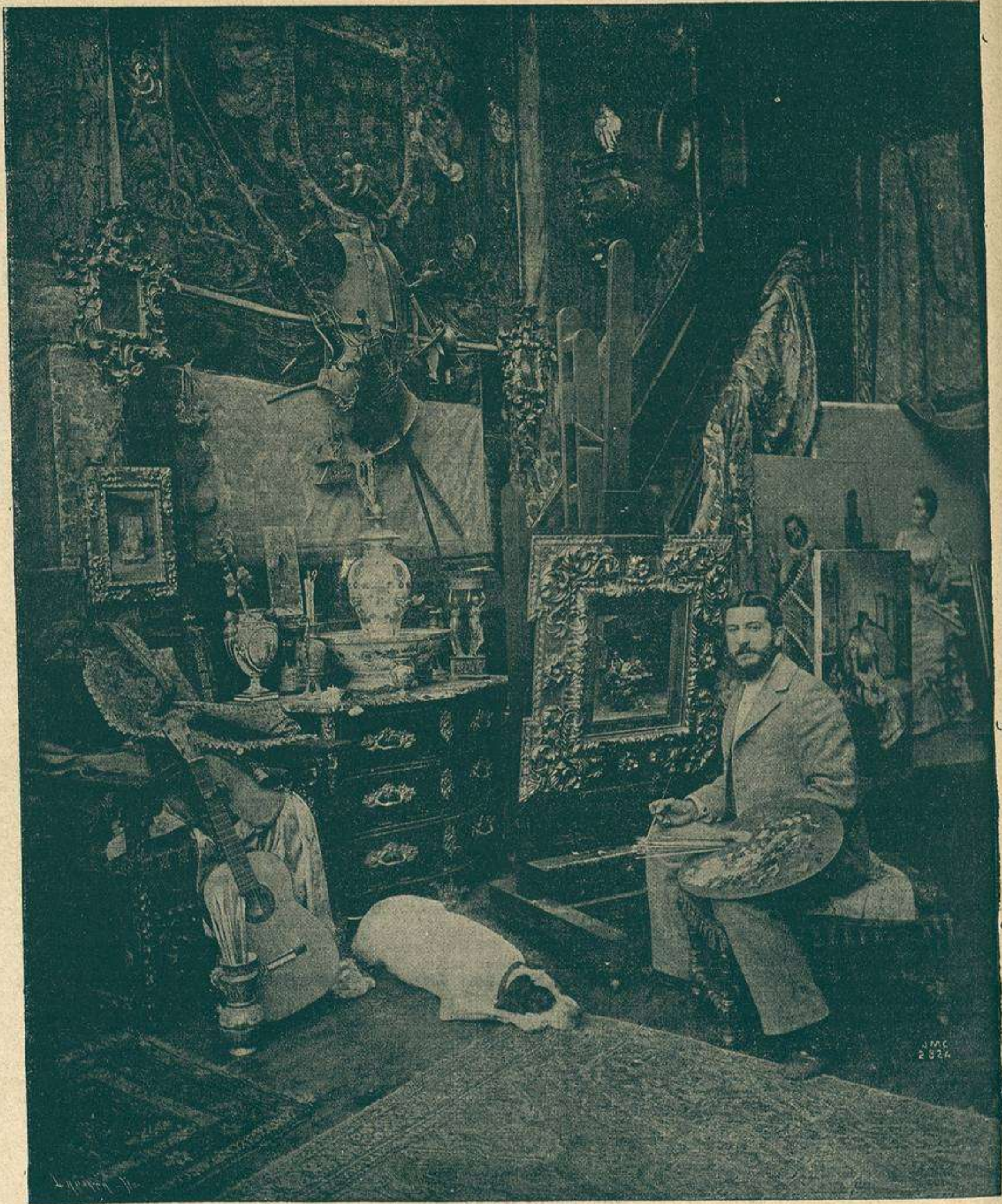
III

Calló la madre un momento
á fin de tomar aliento,
y el chico, sin turbación,
aprovechó la ocasión,
levantóse de su asiento,

y con tonillo arrogante,
exclamó:—Calla un instante,
mamá, y no me hagas el bú;
porque bien la lames tú
cuando no hay gente delante.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

LOS ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA



LLANECES EN SU ESTUDIO DE PARIS

JOSÉ LLANECES

Lindando con el pintoresco y alegre barrio de Montmartre, en la *Villa des Arts*, edificio compuesto exclusivamente de estudios de pintor ó de escultor, tiene el suyo en París, José Llaneces.

Al golpe de timbre que dá el amigo al llegar á visitarle, responden los fuertes ladridos de *Lolo*. No hay que asustarse, *Lolo* es un perro de pura raza navarra, honrado y pacífico, incapaz de morder á nadie sin serios y fundados motivos. En cuanto el pintor os dá la mano, los ladridos de su fiel compañero tórnase en caricias y agasajos, miradas simpáticas y expresivas como una invitación á pasarle la mano por sus anchos lomos y á rascarle encima de la cola, cosa para él equivalente á las más paradisíacas delicias.

Una vez dentro de aquel precioso estudio, no es raro encontrar alguna bonita parisiense que viene á dejarse hacer la corte, y mucho más quizás á hacérsela al pintor, en la esperanza de que Llaneces, seducido por la elegancia de las líneas ó del tono bonito de la tez ó el cabello, sienta el deseo de hacer, en cuatro pinceladas, un boceto de aquella linda cabecita, el cual de *encargo* se pagaría muy caro y así, entre *camaradas*, acaba por ser un estimable y precioso regalo, recompensa del gusto que se dió en pintarlo el artista y satisfacción del fondo de generosidad que constituye una de las fases de su carácter.

También es frecuente que el amigo no pueda pasar de la puerta, *porque hay modelo de retrato*, y las grandes damas no gustan en estas ocasiones de más testigos que el pintor y si acaso el marido, la amiga ó la parienta cercana.

Si no existe este obstáculo, todo el que llega es recibido con los brazos abiertos y Llaneces, sin interrumpir su trabajo, charla con unos, discute con todos—porque quien pretenda quitarle hablar por los codos y discutir sobre todo, debe renunciar á estar á su lado y las horas se pasan allí tan rápidamente agradables cual minutos, mientras el pincel corre por el lienzo y vá tomando forma y color una deliciosa escena de la época de Luis XIII ó de Felipe IV, que son una de las especialidades que más fama y dinero le han dado á este artista, una suerte de toreo—que es otra de sus pasiones—ó una figura de pura casta española, que no desmiente el fervor con que Llaneces, admira, estudia, *adora*, al maestro de los maestros de la pintura, D. Diego Velazquez.

Madrileño neto—como que nació en la calle de Cervantes, en la mismísima casa de Lope de Vega—los ocho años que lleva en París no le han *afrancesado* en lo más mínimo. Su pintura es castizamente española, y de la buena escuela; en sus conversaciones, la patria ausente es el tema preferido; se pega con su sombra si se habla de la cuestión de Marruecos ó la insurrección de Cuba; telas riquísimas, armas, muebles, hierros y lozas, todos españoles, adornan su estudio, y por puro españolismo se resiste á perfeccionarse en la lengua francesa, siendo por demás pintoresca su manera de *hacer polvo*—como le dice Luque—el francés, mezclando al *argot* parisién, pronunciado con un acento terrible, los *timos* y *caídas* del *caló* madrileño.

He dicho antes que los toros son una de sus pasiones, y no exagero. Llaneces está convencido de que hubiese sido un Guerrita ó un Mazzantini si se hubiese puesto á ello. Para hacerle rabiar, nada más seguro que poner en duda sus hazañas toreras—ha matado más de un becerro cuando tenía veinte años—y más le duele si le dicen que no entiende de tauromaquia que si le critican un cuadro. En París se constela toreando al *Lolo*; el bueno del perro se ha acostumbrado tan bien á estos juegos, que á lo mejor se arma en el estudio entre cuatro ó cinco íntimos, cada corrida que es un desastre.

De origen humildísimo, su excelente madre, que es otro de sus cultos, solo pudo darle la instrucción de la escuela primaria en Madrid. Aun esta aprovechábala poco Llaneces; en lugar de estudiar la gramática ó escribir sus planas, entreteníase en pintar muñecos y hacer la caricatura del maestro.

Ante tales disposiciones, lo matricularon en la Escuela de Artes y Oficios en las clases nocturnas de dibujo. Allí el mal estudiante tornose en excelente y premiado discípulo, y como había de ayudar á ganarse la vida pusieronle, por el día, de aprendiz en la fotografía de Hebert, con el considerable jornal de dos reales diarios. A la edad de 14 años ya se ganaba un duro diario retocando retratos y subvenía así á las primeras necesidades suyas y de su madre.

¿Quién fué su maestro en pintura? Puede decirse que nadie; si cursó tres años en la Escuela de San Fernando, aprovechólos principalmente para completar un poco su instrucción general, y prefiriendo sus paseos por el Museo de Madrid y su estudio de los grandes maestros de la escuela española, principalmente Velazquez, salióse de la rutina de San Fernando y con más valor que el Cid tomó un estudio, se puso á pintar como Dios le dió á entender... y no lo haría tan mal cuando empezó á vender.

Con grandes fatigas y en la esperanza de obtener una pensión, pintó un cuadro en el cual puso todo lo que sabía—tenía enton-

ces 18 años. Vió este cuadro un inglés en casa del dorador, gustóle tanto que ofreció hasta mil pesetas por él, y Llaneces para quien entonces aquella fortuna representaba un potosí, se lo vendió y gastó la mayor parte en colores, lienzos y modelos para trabajar y marchar adelante.

El marqués de Castrillo, gran aficionado á las artes, interesóse por él, compró algunos cuadros, prestóle trajes con que ves ir los modelos y Llaneces siguió trabajando cada vez con más fé, haciendo frecuentes excursiones á Toledo, inspirándose en aquella atmósfera y aquellos lugares tan apropiados á la educación de un artista y empezó á producir obras de bastante importancia, á ser conocido y apreciado en España, ni envidioso ni envidiado, porque su angelical carácter le conquista afectos en todas partes como su talento admiradores.

Tenía entonces 23 años. Un día que el comerciante en antigüedades y cuadros D. José Rodríguez volvió de París, habiendo vendido muy bien las cuatro ó cinco obras de Llaneces que había traído, ocurriósele á este, por *ver mundo*, venir á darse por estas tierras un paseo de dos semanas.

Los quince días, en compañía de buenos amigos que por aquí encontró, convirtiéronse en un mes. La nostalgia de los pinceles le hizo ponerse á pintar en el estudio de un compañero. Un admirador le hizo un encargo y por cumplirlo quedóse un mes más. Tras este encargo vinieron otros y para pintarlos á sus anchas tomó un estudio. Al cabo de un año se dió cuenta de que estaba establecido en París y le iba bastante bien.

Y aquí sigue, tan español como el primer día, progresando constantemente, hasta que las inclinaciones errantes y bohemias que hay en el fondo del carácter de todo artista meridional, le lleven á otra parte, ó el amor á la tierra del sol y las mujeres bonitas le vuelvan á España.

Con sus aspiraciones elegantes, este estudioso y brillante artista tiene en realidad mucho de bohemio. Bohemia especial, *bohemia dorada*, como yo le digo, ignorancia del valor del dinero, repugnancia al ahorro y la economía, distracción constante de cuanto no sea sus cuadros ó sus apuntes; pagando cinco horas de coche para llegar con dos de retraso á una cita de negocios ó una invitación interesante. Incapaz en cuestión de cuentas de hacer ni la de la lavandera, si aquella simpática Mad. Girard, conserje de la *Villa des Arts*, y excelente *mamá* para todos los pintores solteros y desarreglados que pueblan la artística colmena, no se cuidase un poco del *interior* de Llaneces, lo mucho que este gasta en cuidar, vestir y hasta perfumar su persona como la del más refinado aristócrata, se triplicaría y centuplicaría por falta de orden y contabilidad.

No gusta Llaneces de llevar sus obras á las grandes exposiciones y opina que, cuando no se aspira á situaciones oficiales, la mejor medalla es una buena venta en el estudio á un aficionado inteligente.

Si no se ha *afrancesado* en el carácter, mucho menos ha influido en su estilo artístico y personal la permanencia en Francia y el trato y observación de los artistas franceses.

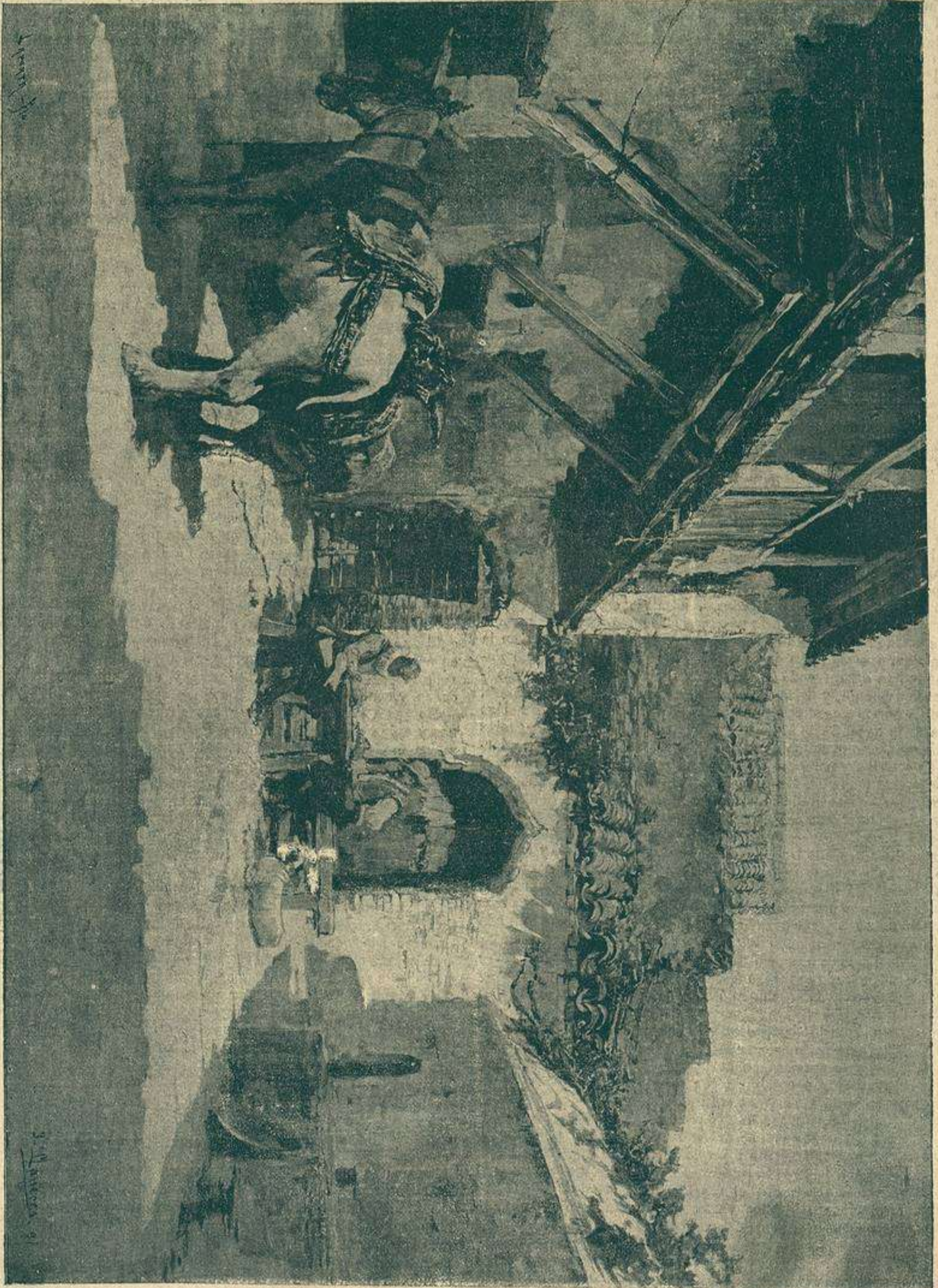
Cree Llaneces que venir aquí á aprender á pintar es exponerse á perder la *casta* y todo lo más debe aspirarse á adquirir más refinamiento en el gusto y más espacio en el campo de las ideas; pero sin perder la manera nacional y personal de interpretarlas.

Además, opina que si no se sigue esta teoría, se corre el riesgo de sufrir irreparables extravíos al fin de un siglo de evoluciones, en el cual la encarnizada lucha de tendencias opuestas—en pintura como en las otras artes—ponen á los artistas en análoga situación de reaccionarios y anarquistas. Y así profesa la creencia, muy acertada á mi entender, de que ciertas exageradas manifestaciones impresionistas son más bien muestras de impotencia de artistas nulos que buscan su salvación en la destrucción del dibujo y el color; sin negar por esto, ni mucho menos que en el arte, como en la vida hay *impresiones* buenas y malas, agradables y desagradables, abrigando la esperanza de que, tras estas evoluciones ó revoluciones en pintura, renacerá la calma y se habrá obtenido, como después de las convulsiones sociales y políticas, un beneficio y un progreso, sacando de su marasmo á los rutinarios.

Con estas opiniones suyas terminamos el bosquejo del artista en la intimidad que hemos querido presentar á nuestros lectores, sin detenernos á hacer la larga lista, ni menos la crítica, de sus obras principales harto conocidas y apreciadas, de las cuales damos hoy una muestra con el delicioso dibujo hecho por Llaneces para nuestro SUPLEMENTO y daremos en adelante otras, reproduciendo en negro ó en color composiciones suyas.

París, marzo 1896.

RICARDO BLASCO.



JUCANDO AL TUTE

CUERNOS Y LETRAS



«Brindo por *bu*, por la esposa der *bu* y por todos los *buses* que hay en la plaza.»

(TITO LAVY.—Discursos.)



Me lo ha dicho una gitana, que va á ser un año bueno de toros' particularmente en Madrid.

Por que los pastos han sido buenos y ha llovido poco, y están los animales *resquemados* por dentro y con fatigas por acometer á la gente.

—Dame la manita, resalao—me dijo—dámela y te la digo.

—¿No sería mejor que se la pidieras á D. Bartolo?—repliqué—¿y que le contarás á él toas esas historias?

—Que vais ustés á tener un año cómico de primera; toreros de ias ocho ú dies partes der glóbulo: Mazzantini, vascuence; Bombita, sevillano; Villita, aragonés... y Reverter en Hacienda y el Algabeño, y la Nevá.

Y el *disloque* de corridas de toros anunciadas, y la infancia, que durante una temporada, parecía vacilante, vuelve al toréo con más afición que nunca.

En la calle de las Sierpes, en los alrededores del Suizo, en Sevilla, en la calle de este nombre, en Madrid, no se vé más que niños toreros; tos con asa ú con coleta.

El encanto de sus familias.

—¡Ah! tener un hijo que dé la puntilla, siquiera!

¡Qué diferencia de tiempos!

—Cuando tomábamos nosotros la alternativa—me decía un caballero—ya éramos hombres de peso y maestros.

—¿Pero usted ha toreado?—le pregunté.

—Sí, señor, mataba en la sociedad del *Jardinillo*, con tantos otros hombres, que después hemos sido eminentes como yo.

—¡Ah! ¿torero de salón?

—Poco tiempo después fui gobernador de provincia ó jefe político. Era una recomendación entonces, la gracia de matar toros, como la de cantar *Las Ventas de Cárdenas*, acompañado por la guitarra.

—¡Ya!

—Hoy cualquiera se echa al Arte y á la política...

—El toréo ha quedado, como la forma poética, para niños menores y señoritas. Nosotros toreábamos becerros de treinta arrobas en adelante.

—¿Y por detrás? ¡Pues vaya unos becerros!

—Si usted hubiera conocido al *Chiclanero*, nuestro director...

—No lo permita Dios.

—¿Eh?

—Digo, que, á Dios gracias, no le he conocido.

—¿Por qué á Dios gracias?

—Porque en ese caso sería yo mayor de edad, dicho sea sin intención de molestar al *Chiclanero*.

—¿Y á Juan León?

—Tampoco; ni á Juan Palomo ni á *Don Juan Tenorio*, hasta esto últimos años, he tenido el gusto de conocer personalmente.

—¿Qué hombre tan serio era aquel Redondo! Por supuesto que, si él hubiera tenido instrucción, llega á cualquiera parte; créalo usted.

—¿A Redondo I?

—A presidente del Consejo, tal vez: no lo eche usted á broma. ¡Hablabá poco, pero con qué sentido!

—¿Mal?

—Lo preciso; ¡pero con qué conocimiento del arte! ¡Con cuanta filosofía!

—Yo he oído hablar á Pegote.

—Ya no es lo mismo. ¡Buena diferencia! Recuerdo que una tar-

de que hubo una cogida, le preguntamos por la noche, en el café de la Iberia, y verá usted cómo respndió:

—¿Qué le ha parecido á usted de la cogida de ese muchacho?

—¿Hombre, no es verdad que se encunó él mismo?—preguntó otro.

—Fué un «extraño» del toro.

Y así varios aficionados.

Y Redondo, con una palabra, como quien dice, lo explicó todo, respondiendo:

—Pa el toro tos semos extraños y eso del muchacho, es lo que dan los toros, una corná.—¿Ha visto usted qué sencillez?

—Asombrosa.

—Hoy no tiene usted un torero á quien se le ocurra eso. ¡Qué precisión y qué laconismo!

—Benedictinos.

—¿Eh?

—Digo, no, espartanos. En cambio el torero es hoy más ilustrado que ayer; mañana lo será más que hoy... cumpliendo la ley del «cochino progreso», que decía uno de ellos.

Un joven del *sport* novillero, á quien echaron un toro al corral, porque él no se decidió á *arrimarse*, y prefirió salir acompañado por la Guardia civil, á salir en camilla.

—Aquel toro hubiera echado á cualquiera de los muertos.

—¿A Carlos IV, por ejemplo?

—¿No, señor; á cualquiera de los matadores de fama antiguos y modernos.

—Sí, lo entiendo; á cualquiera menos al corral ó cualquiera menos á tí.

—Pero diga usted que lo traen con los chicos nuevos, y quisieran muchos de aqueyos *ahorcaos*, echar abajo la carne que nosotros echamos.

Y otro *diestro*, encogido de cuello y levantado de hombros, como si le tiraran de la cuerda, y una pierna media vara más corta que la otra, afirmó, diciendo:

—Me parece.

Sentimientos



GARCIA Y RAMOS.



CRONOTIPAJA - E. PORTABEILLA

ZARABOZA

PELANDO LA PAVA (De la galería del Sr. Garcia Vela.)

VERSOS DE UN LOCO

Mi criado me presentó una tarjeta que decía:

TEOPOMPO FILOTEO DE BELEM

y debajo, en letras más pequeñas:

POETA ESOTÉRICO ULTRATELÚRICO

y más abajo, en letras más pequeñas todavía:

Ecce-Homo, 13, guardi'la.



—Que pase, que pase—grité—ese Ecce-Homo de Belem ultratelúrico.

Y á los pocos minutos se presentó un hombre que ni pintado para representar el *presidente* graciosísimo de *Su Excelencia*, de Vital Aza.

Tenía un aire de familia con todos esos *trovadores errantes* que andan por ahí cantando la marselesa y enseñando los codos. Era la imagen del romanticismo, como le vestiría su enemigo el clasicismo, de buena gana. Usaba melena, la noble, la irremplazable melena, con simplica audacia. Por toga pretexta llevaba el conocido gabán de verano, largo, gris, raído, como tenía que ser. Por caridad y buen gusto no quise mirarle las botas.

Supongo que traería pantalones, pero no conservo conciencia de su color ni corte.

De todas maneras, á las pocas palabras, aquel hombre pálido (no faltaba más) me había hecho olvidarme de todo lo material, de todo lo sensible. Había sonreído, había hecho reverencias, se había santiguado dos veces de prisa, había pasado la mano por el lomo, con cariño, á un gato de porcelana que tengo junto á mi mesa de escribir y me había hablado, sin dejarme meter baza, de Budha, de Lao-Tseu, del etiope que Renan nos describe, creo que en *San Pablo*, y que va meditando el Evangelio, á su manera; de Verlaine, de Caran d'Ache, de San Agustín, del gallo de Sócrates y del gallo de San Pedro....

Cuando yo iba á decirle que me mareaba, ya no estaba allí el

ben hombre; pero quedaba su espíritu en forma de cuaderno verde, de unas cien hojas, doradas por el canto. Abrí y leí en la primera página: *Estambres y Pistilos*. La letra era clara, la tes muy grandes. Dí vuelta á la hoja y leí:

DEDICATORIA

Aunque usted no lo crea,
señor obispo
aunque parezca hereje
me quiere Cristo.

Otra hoja, y leo:

PISTILOS

Soy la ameba redonda, la femenina,
la de fe y esperanzas y gelatina.

En una nota dice: Advierto al lector idiota é indocto que no debe reírse de lo que no entienda.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Aunque sé que estoy loco rematado,
porque tal como fué todo lo cuento,
hasta el mismo doctor me halla curado
las veces que no digo lo que siento.

PISTILOS

Cuando tengo en un sueño una esperanza,
se la agradezco á Dios, sin hipoteca;
que es el poeta la gallina clueca
que no quiere empollar á Sancho Panza.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Hay siempre una impostura en hablar claro;
no se puede ser claro sin mentira...
ve oscuro y algo raro;
divaga, ama y delira...

PISTILOS

Por santa castidad, el pensamiento
no debe bautizar sus invenciones;
son bastardas, después del nacimiento,
llevando un apellido, las nociones.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Era en lo oscuro; sobre mi pecho
sentí una mano.
En las tristezas del pobre lecho
me visitaba Dios Soberano.

Era la mano de luz; caricia
de lo Infinito, callado premio,
misterio—madre.—
Lloro en espíritu por la delicia
que al miserable dulce bohemio
le otorga el Padre.

Y desde entonces, siempre en lo oscuro,
ciento la mano sobre mi pecho;
mas su contacto va siendo duro;
peso terrible me hunde en el lecho.

Pero la mano, que ya es de plomo,
entre dolores, sin saber cómo,

siempre acaricia. La pasión fuerte
que tanto oprime, siempre es delicia.

Ya en torno mío nombran la muerte
los cuchicheos de la estulticia ..
mientras *me arranca* del cuerpo inerte
mano con alas de la *Justicia!*

Otra hoja:

PISTILOS

Me paso toda la noche
contando miles de estrellas,
y si está el cielo nublado
me pongo a *cantar* la cuenta.

Así hace el hombre en la vida,
si ama a Dios y en Dios espera;
goza la dicha que pasa...
y pasada... *cantando* la recuerda.

ESTAMBRES

Ha de ser en el cielo una sorpresa
de los santos sin fin inocentes,

ver llegar montones
una y otra remesa
de ateos, sin saberlo, santurrones.

PISTILOS

Cuando en el fondo del abismo frío
deja de ver a Dios el pensamiento,
al ir a maldecirme por impío,
la caridad, en un escalofrío,
con el perdón, me vuelve el sentimiento
de que un Ángel scrie al lado mío.

CAMPOAMOR

PISTILO

Escribe versos en la *ceniza*;
saca del polvo, de los gusanos,
y de la nada que se desliza,
viento sin aire, por bosques varcos
de tallos huecos, veta cañiza,
saca la idea de sus cantares;



médula amarga de tristes huesos;
sin corazones, suspiros; besos
sin labios; saca los cañizares
del esqueleto; la catadura
de desnudeces de sepultura;
saca del fondo de noble rima
sarcasmos místicos que causan grima...
Pasión perenne firma en la arena
cuando á las dunas va la mar llena,
y con los rayos tenues de luna
rubrica pactos de la fortuna;
ve del cerebro las telarañas
y le enternecen las musarañas
que ve la lógica de lo Infinito
en palimpsestos de lo no escrito...

NÚÑEZ DE ARCE

ESTAMBRE

Como Dios sacó el mundo de la nada,
de allí saca también la poesía...
Escribe con perfecta simetría;
y así, tiene por plectro... la *plomada*.
Todo á la ley de *gravedad* lo fía.

Cansado de leer disparates, incoherencias, tal vez congruentes
en el fondo de un cerebro enfermo, arrojé el cuaderno con tedio...
y no volví á pensar en el poeta loco... hasta que en persona se me
presentó al día siguiente:

—Vengo á recoger mis *Pistilos*...— me dijo, sonriendo con lástima.

—Ahí los tiene; verá usted que no se los he separado de los *estambres*.

D. Teopompo recogió el cuaderno, le dió un beso, hizo sobre él
la señal de la cruz, y se lo metió debajo del brazo.

Y sin más, sin hablar palabra, *sin preguntarme nada*, hizo una
reverencia y dió media vuelta.

No pude contenerme. El orgullo de aquel *imbécil* me sublevó;
irritó mi amor propio.

—Pero hombre—exclamé—¿no venía usted á conocer mi opi-
nión? ¿A que le dijera?...

—¡Oh! Nada de eso. Enseño mis versos á todos los literatos vul-
gares que quieren recibirme. Es una oferta. Me he impuesto esa
penitencia, y la voy cumpliendo por el mundo adelante. Unos se
burlan de mí, otros hasta me insultan; otros, los más tolerantes,
callan... y yo sigo. Hay que matar el *hombre viejo*, el de la vani-
dad, el del *buen éxito*, el del aplauso, el que quiere ser admirado
sin ser comprendido.

—Pero aunque no sea por vanidad, sino por amor á sus ideas,
usted querrá hacer propaganda, fundar escuela...

—¡Ah, señor! La escuela está fundada. Es la escuela del flato.
Esta poesía, con la debilidad cerebral que revela, es hija del ham-
bre...

—De modo que usted... por dinero... ¡por mucho dinero! Tal
vez renunciára á la escuela, á esa poesía?...

—¡Oh, tanto dinero podía ser!

—¿A qué llama usted mucho?

—Eso depende... del momento histórico...

—En el actual momento...

—Bastante dinero son cinco duros.

La herida fué leve; libré al arte de una escuela contagiosa, y
aun hoy, por mi conciencia de *crítico*, ostento con orgullo la cicat-
riz de las 25 pesetas.

CLARIN.

CANTARES

Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de tí;
pues tu imagen es en mi
sombra de mi pensamiento.

Que es matarme, confieso,
el olvidarme:
aborréceme, que eso
ya es recordarme.

Por Dios te pido,
que me entregues al odio,
mas no al olvido.

Vuélvemelo hoy á decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oír
y te miraba sin ver.

CAMPOAMOR

Mal haya cuando te ví,
mal haya el momento aquel
en que, en mi pecho venció
mi pasión á mi deber.

Dicen sí quiero ó no quiero,
la verdad sola tu sabes,
pues lo que mi pecho siente,
nadita le importa á nadie.

En el mundo solamente
temo, á recetas de médico,
á papeles de escribano
y á miradas de ojos negros.

Al cielo nadie se va
sin pasar el purgatorio;
mas yo sí, porque en el mundo
lo pasé siendo tu novio.

Con las suegras y los gatos
conviene no jugar nunca,
pues si toman confianza
suelen enseñar las uñas.

Como género que expone
el mercader á su puerta,
tu madre te hace sentar
por las tardes en tu reja.

RAFAEL DE MEDINA

I

Eres de una yerba mala,
pues me ves morir de pena,
me pueden salvar tus ojos
y agonizando me dejas

II

Todas las noches me citas
y nunca te llego á vor:
¡ya me esperarás á mí!
¡me esperarás y no iré!

III

Cuando el amor hace sumas
la aritmética se engaña,
pues si dos almas se quieren
las dos componen un alma.

IV

¡Qué triste es hallar ortigas
si se van buscando flores!
¡Qué pena es llegar á viejo
teniendo el corazón joven.

V

Fuí pasando una por una
de mi rosario las cuentas,
con ellas mi pensamiento
y tu recuerdo con ellas.

VI

El amor es como un clavo,
que como llegue á torcerse
es muy difícil clavarlo.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



Aquella señora que está allí, casi del todo oculta detrás del gran confesionario; aquella que con la mano enguantada se da golpecitos penitentes en las ballenas del corsé; la de los lentes de oro y el devocionario de nácar, es Pepita Valencia, la marquesa de San Federico, una de las señoras más ilustres y de más buenas prendas de la aristocracia de esta corte.

La marquesa de San Federico no posee una hermosura deslumbradora; pero lleva honrosamente sus cuarenta años; tiene el seno alto, la gorguera mórbida, los ojos brillantes, el color vivo y la tez suave y sin arrugas. Es una matrona clásica y de buen ver, tan apartada de la frescura juvenil, que huele á rosas y manzanas, como de los alifafes dueñescos y alcanforados de las señoras de cierta edad.

Por razones de Estado habíase unido Pepita Valencia con el marqués de San Federico, hombre tonto y feísimo, aunque rico y de alto y esclarecido linaje, como que descendía nada menos que de los reyes de Aragón: castillos, leones, cascos, grifos, cruces, armaduras y broqueles... nada de esto faltaba en la casa del marqués: en cambio, notábase allí la ausencia del talento, el amor, los hijos... bienes sustanciosos y santos, contra los que jamás prevalecerán ni el inclemente paso del tiempo ni la furia demoleadora de los hombres.

Pepita, de moza, fué guapísima, y por tal razón enamoróse de ella el otro, sin hacer cuenta ni del gran ingenio de la mujer, ni de su fantasía espléndida y multicolor, ni del corazón sanísimo, ni de la ascendencia honrada y laboriosa. El marquesito, ya muy cascado y decadente, á causa de la mala vida, no buscó para mujer más que una real hembra, y en verdad que en tal realeza, pocas mujeres hubieran podido codearse con la heroína de esta historia.

El marqués era un bestia: pasábase semanas enteras alejado de su excelente esposa, y cuando el majadero se presentaba en las habitaciones de Pepita echándolas de amoroso y galanteador, tales donas res gastaba y tales requiebros decía, que la buena mujer estaba muy ufana y satisfecha con que el innoble marido brillase por su ausencia en aquellos solitarios y tristes gabinetes.

Como en la realidad del hogar doméstico no encontraba Pepita Valencia aquella felicidad á que encaminan su casamiento las jóvenes bien criadas, dióse la buena marquesa á soñar; pero á soñar cosas frágiles y escurridizas, distantes no más que una línea de los pensamientos pecaminosos.

Soñaba Pepita, y sus sueños eran disparatados é insensatos: sueños de amores imposibles y romancescos, en que aparecía unas veces el dorado aeronauta que la llevaba á ella en globo á celebrar bodas criminales en la callada región celeste; otras, el marino que en apartadas é ignotas islas formaba paraísos de amor, y otras el novicio de convento que al ir á profesar veíala por primera vez y prendado de ella, la tomaba en brazos y la conducía en fogoso corcel á lo más intrincado de las selvas en busca de una caverna co-

mo aque lla en que el ilustre Eneas y Dido, la reina de Cartago, tuvieron el encuentro que el cisne mantano ha hecho eterno en versos de perennal hermosura.

Así pensaba aquella pobre mujer; y luego, muy humilde y apesadumbrada, iba á contar estas cosas á su confesor, el cual la decía que no diese en tales desatinos, verdaderas tentaciones de Satanás, las cuales, aunque á primera vista semejaban diversiones,

de cerebro ocioso ó caprichos de imaginación desatada y hambrienta, eran en realidad la lima que mansamente suavizaba las asperezas de la senda para hacerla libidinosa.

Como queda dicho, estaba la marquesa en uno de los más famosos templos de la corte, donde por celebrarse fiesta muy solemne en loor de la Virgen, Nuestra Señora, había acudido gran golpe de gente ganosa de honrar con sus devociones á la excelsa Reina de los Angeles. Flameaban los altares cargados de número infinito de luces, y por todos los ámbitos del recinto se esparcía el sagrado olor del incienso y el estoraque, que en conjunción extraña venía á mezclarse con los profanos aromas del opoponax y del ilang-ilang, allí llevados por las piísimas damas cuyas aventuras ha historiado el R. P. Coloma, de la inclita compañía de Jesús.

Después del rosario y del sermón, cuando mayor era el silencio en la iglesia, comenzó el órgano á preludiar una grata música, tras de la cual sonó allá en las alturas una voz aguda y sutil, potente, y llena, que no era voz de hombrecillo débil y amujerado: tenía timbre sonoro y suavemente metálico con dejes melancólicos de címbalo de ermita campestre. Sonaba con dulzura sin igual, unas veces en tono subido y penetrante como soplo de flauta y otras grave y majestuoso como el quejido de un oboe; con gracia viviente y dinámica recorría todos los lugares del pentágrama como pajarillo que sube y baja y se deja caer entre las ramas de los árboles.

Aquella era una voz virginal y purísima, voz de ángel, no contaminado con sexo alguno; ángel que no tenía más que cabeza y garganta, de donde fluía como aroma floreal aquel hilo intercedente de melodía mística. Era seguramente la voz de un ser limpio, casto, pudoroso é intangible, y como allí no había más que seres humanos, la voz aquella tenía que pertenecer á un mancebo de catorce abriles, hermoso como una azucena é inmaculado como un armiño.

El concurso estaba embelesado oyendo la romanza celestial, sin semejante en los fastos de la música religiosa, y entre el concurso, la marquesa de San Federico, con los ojos medio cerrados y la boca medio abierta, poseída de un así como deliquio amoroso ó éxtasis de alta contemplación, recibía aquella lluvia eufónica como reciben los pistilos de una flor el rocío vivificante de la mañana.

Imaginaba la buena señora que entre su corazón y el corazón del ángel que cantaba, se había establecido una corriente, pero no eléctrica ni óptica, sino musical y vibrante, y que aquellos sonidos eran como flechas de inmenso amor que se le iban á ella clavando en el alma hinchendola de dulcísimos sentimientos. Al punto forjó Pepita la figura del gentil mancebo, blanca, mórbida, suave y fulgente, algo así como un querubín humano que ni era un niño ignorante de los misterios del amor, ni un varón ya contaminado con las impurezas de la vida.

Cesó la voz, y como murmullo de selva extendióse por el templo tenue rumor de la muchedumbre que suspiraba y se movía después de media hora de arrobamiento y de quietud. Luego vino lo humano: la voz del preste, el ruido de las sillas y el rum-rum de la gente devota que salía cuchicheando de la iglesia.

Pepita miró hacia arriba y no vió nada. Ella no quería salir de allí; pero aquellas *tineblas palpables* que se iban apoderando del segrado recinto á medida que el sacristán mataba las luces de los altares, la amedrentaron, obligándola á salir á la calle, montar en el coche y largarse á casa.

No pudo dormir: pasó toda la noche en romántico insomnio, pensando en aquel angelito que á ella, mujer de cuarenta años, se le había metido en el corazón, y por la mañana mandó buscar al niño que la víspera había cantado en la iglesia, pues pensaba... encargarle una Salve á la Virgen del Amor Hermoso.

Salieron los criados en busca del chiquillo, y quedó Pepita arreglando con solícito esmero el gabinete voluptuoso y halagador, tapizado de seda azul, sembrado todo él de menudas figurillas de

Marfil y de laca é impregnado de un olor cálido y acariciador que conmovía blandamente los nervios.

Pensaba la marquesa que aquella era una aventura pecaminosa, indigna de una señora cristiana y propia solo de mujercuelas desbaratadas y escandalizadoras; pero al punto se consolaba viendo que lo que ella sentía por el incógnito y virginal mancebo no era más que una suerte de cariño maternal sin mácula alguna avergonzable, ni más fin que el de sentar al niño en sus rodilla y acariciarle la cabellera de oro, ó á lo sumo, besarle la frente de azucena.

Llegó la hora. La marquesa temblaba, no sé si de placer ó de dolor, dolor de la conciencia que por allí llamaban remordimientos. Cuando la doncella alzó la cortina frateando la puerta al esperado mozo, la pobre Pepita se sintió desfallecer y morir ante el castigo tremendo que Dios la mandaba en pago de sus desvariadas imaginaciones.

Porque el mancebo que en el coro de la iglesia cantaba, como deben de cantar los ángeles en el cielo, era un chiquillo asqueroso y abominable, con la cara estigmatizada por el vicio y con la más fea catadura que el enemigo pudiera imaginar. Era de figura innoble, de andares canallescros, y su rostro un simulacro de horribles exerecencias. Vestía un trajecillo negro, raído, el pantalón con rodilleras y las botas arrugadas y descosidas; al cuello traía un pañuelo de lana, no sé si para librarse del frío ó para ocultar cicatrices de mal ver, ganadas en alguna taberna.

Cuando la pobre Pepita vió ante sí aquel bicho herrendo, que la miraba con malos ojos, sintió en su corazón algo así como el

frío de un puñal; pero súbitamente se repuso y dirigiéndose al cantor le dijo:

—Ahi fuera le darán á usted cinco duros para que cante un *Miserere* por mi intención.

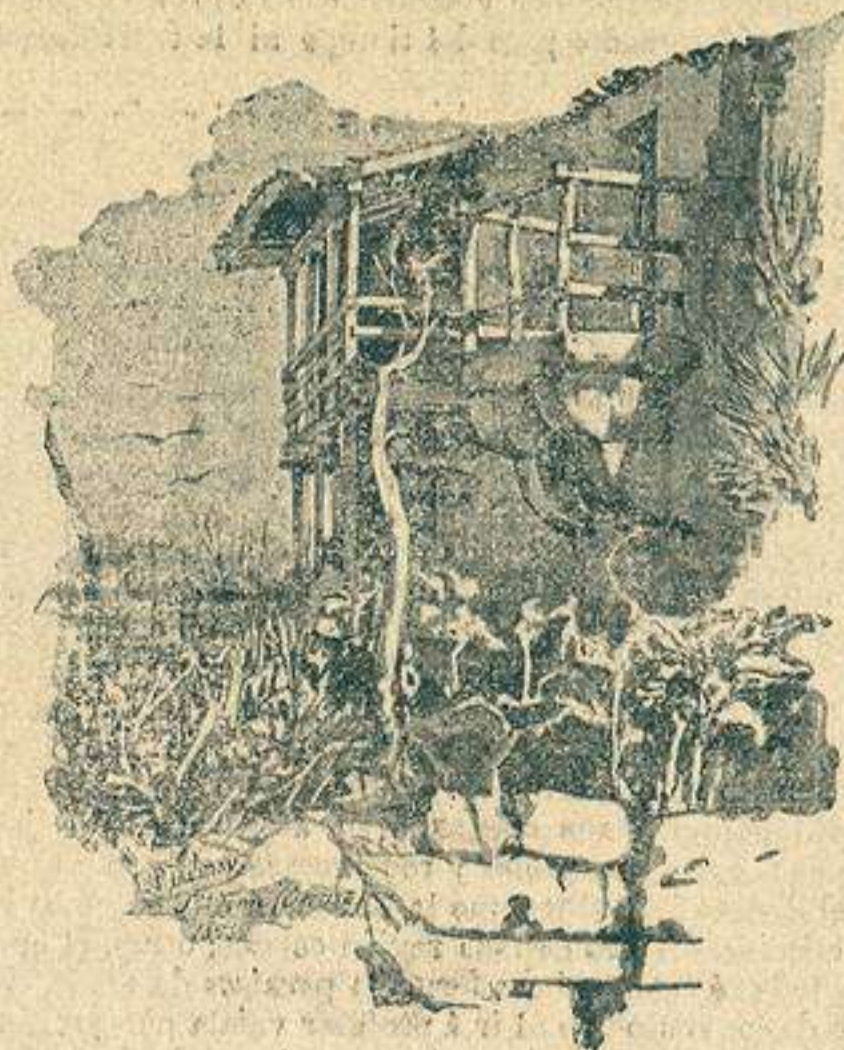
Y luego, al levantar los húmedos ojos á una preciosa Virgen de marfil que allí, en una rincohera, había, creyó oír de los labios sonrientes de la imagen estas palabras:

—Hija mia, aprende á no remontarte á las alturas y conténtate con rastrear pobremente por este valle de lágrimas, mientras el Señor no te llame al cielo.

ÁLVARO L. NÚÑEZ



POY DALMAU.



APUNTES DE GALICIA.

GALERIA ARTISTICA

GARCÍA RAMOS

He aquí el nombre de un artista cuya firma lleva consigo constantemente el aplauso de todos los aficionados y cuyos méritos han llegado á ser indiscutibles, privilegio rarísimo por pocos alcanzado, pues aun las obras del génio se ven pocas veces libres de juicios adversos, inspirados unas veces en la pasión y muchas en rutinas y convencionalismos.

Esta unanimidad de juicio se debe, á nuestro parecer, al perfecto equilibrio de las dotes del insigne pintor, cuyos cuadros, siempre simpáticos é inspirados en las costumbres y tipos netamente españoles, son prodigios de fina observación, compuestos con exquisita gracia, correctamente dibujados y de brillante colorido.

Ha logrado poseer una de las cualidades más esenciales del artista: tiene personalidad. Sus obras las distinguiría cualquier mediano aficionado, aunque no estuviesen firmadas y se hallaran confundidas entre muchas otras. Condición es esta que distingue y separa al que lleva *algo* dentro de sí, de la impotente medianía.

Nació D. José García Ramos en Sevilla, en aquella bendita ciudad ad exuberante de luz, y esto explica suficientemente sus brillantes dotes de colorista. Fué aventajado discípulo de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad y del eximio maestro D. José Gineréz Aranzáez.

Viajó por Italia, donde permaneció algunos años, residiendo preferentemente en Nápoles, Venecia y Roma. El clima de la Ciudad Eterna no le fué favorable, quebrantando su salud y ocasionándole, por ende, grandísimos contratiempos en sus trabajos. A pesar de estas contrariedades, su estancia en Italia se señaló por numerosas obras y por positivos y sólidos adelantos.

Sus cuadros son innumerables y bien conocidos y apreciados de todos los inteligentes; de ellos solo citaremos, para no hacer demasiado largos estos apuntes, el famoso titulado *El Rosario de la Aurora* y *¡Hasta verte, Jesús mío!* que figuró en la última Exposición.

Aunque nos privemos de catalogar sus obras, no podemos pasar en silencio los magníficos dibujos hechos para ilustrar la obra nominada *La tierra de María Santísima*. También ha hecho gran número de notables dibujos para publicaciones de España, Francia y Alemania.



GARCÍA RAMOS.



ROMERO BARROS.

Ha concurrido á muchas Certámenes nacionales y extranjeras desde 1884, obteniendo en todas ellas merecidas recompensas.

En las planas centrales de este número nos honramos con una reproducción en colores de su cuadro, propiedad del inteligente aficionado Sr. García Vela, titulado *Pelando la pava*. Digáenos si es posible imaginar escena más genuinamente andaluza, é interpretarla con más gracia y más brillantez.

Excusamos el elogio, pues seguramente lo hará todo el que vea la reproducción, á falta del original, y preferirá la contemplación de la obra á continuar leyendo más prosa ramplona y deshilvanada.

ROMERO BARROS

Reproducimos en el presente número uno de los muchos cuadros notables debidos al pincel del inolvidable director de la Escuela de Bellas Artes de Córdoba. Esta ciudad debe á Romero Barros gratitud inmensa, pues sin ser cordobés, consagró cuarenta años de su vida á trabajar por la prosperidad y engrandecimiento artístico de aquella morisca población.

A nuestro biografiado se debe la creación de la Escuela de Bellas Artes, del Museo Pictórico y Arqueológico y otras muchas fecundas iniciativas.

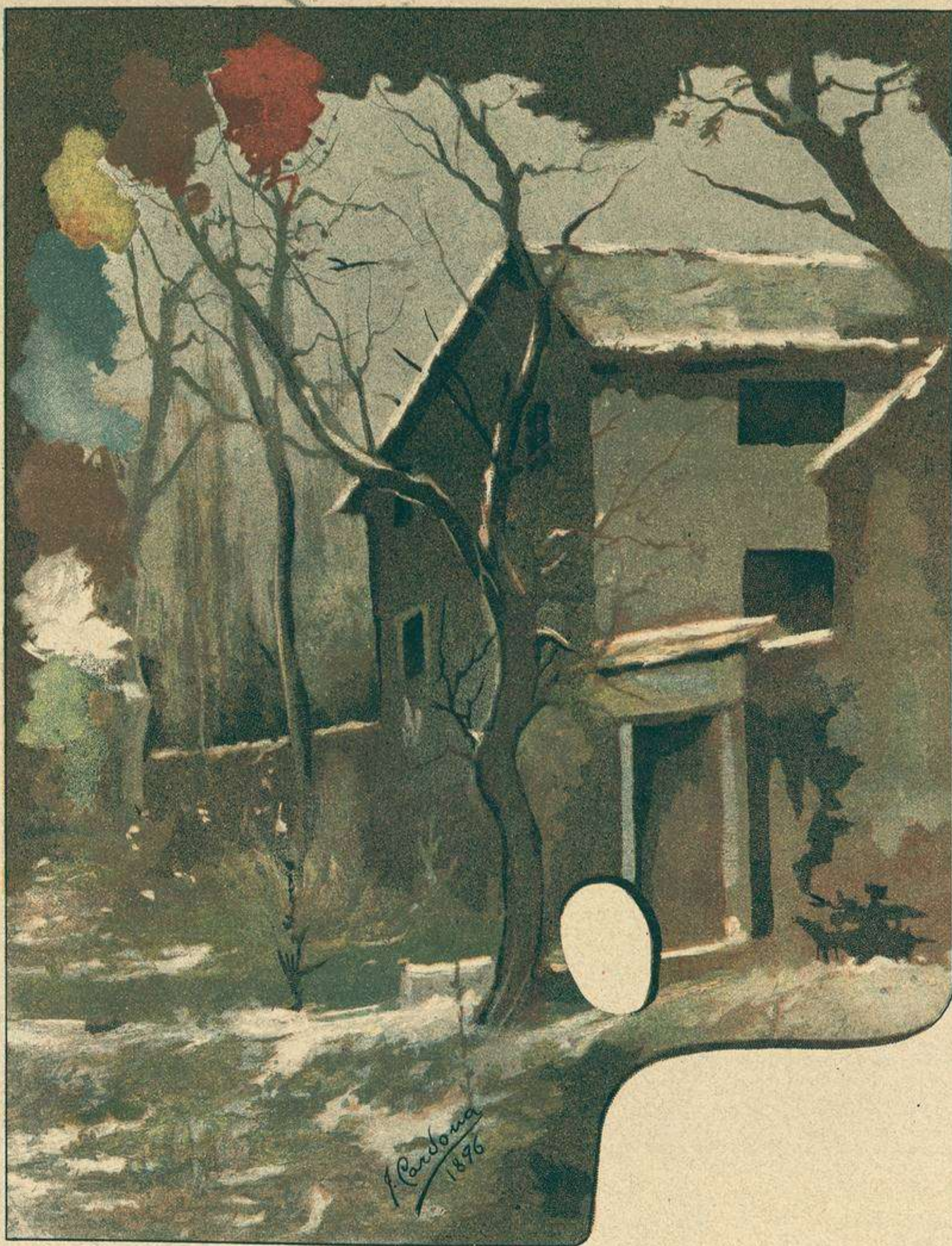
El dirigió con gran acierto las obras de restauración de la famosa mezquita, él descubrió la sinagoga, hoy declarada monumento nacional; él ha formado, por decirlo así, pintores que gozan fama de maestros, tales como Muñoz Lucena, Villegas Brieva, Hidalgo de Caviedes y otros.

Romero Barros manejaba el pincel con tanto éxito como la paleta, y deja escritas varias obras y una notable colección de artículos publicados en diversas revistas. Era pintor de Cámara, correspondiente de las Reales Academias de San Fernando y de la Historia, y á su muerte, acaecida en el pasado diciembre, el Ayuntamiento de Córdoba acordó dar su nombre á la calle de las Sillerías y hacer una edición especial de todas sus obras literarias.

Los hijos de Romero Barros siguen la gloriosa tradición de su padre, y puede decirse que todos son artistas de porvenir, y hasta alguno del presente.

El SUPLEMENTO ILUSTRADO de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA ha publicado varios de sus trabajos.

J. CARDONA.



CAPRICHIO.